

Ginebra 3, entre la frustración y la esperanza

Carlos LARRINAGA
Historiador

Con varios días de retraso, el pasado 29 de enero comenzó la conferencia de Ginebra sobre la paz en Siria, despertándose en la comunidad internacional unas expectativas hasta la fecha inéditas. Es la tercera vez que se plantea una reunión de estas características a orillas del lago Léman (2012, 2014 y ahora), con la diferencia sustancial de que esta vez Irán podría tener un protagonismo inédito. Como sucediera en 2014, estaba previsto el encuentro de las fuerzas de la oposición (agrupadas en torno al Alto Comité de las Negociaciones) con los comisionados del régimen. Además de contar con el amparo de una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU del 18 de diciembre de 2015. Pero, lamentablemente, el 3 de febrero, el mediador de este organismo, Staffan de Mistura, anunció la suspensión de la cumbre hasta el próximo 25 de este mes. La causa principal estribaría en la acometida del Ejército sirio sobre la provincia de Aleppo con la inestimable ayuda de fuerzas revolucionarias iraníes, milicianos de Hezbolá y, sobre todo, de la aviación rusa. Mientras para los rebeldes, este ataque violaría el llamamiento a un cese del alto el fuego recogido en la resolución, para Damasco y Moscú se trataría de una mera operación anti-terrorista. Con lo cual una vez más se pone de manifiesto la falta de unanimidad en torno a qué grupos son considerados terroristas por los distintos actores en juego. En este contexto, en las pocas jornadas transcurridas en Suiza los miembros de ambas delegaciones ni siquiera se han visto las caras, puesto que los sublevados siempre han mantenido como condiciones previas a dichas conversaciones la suspensión de los bombardeos y el levantamiento de los cercos contra los civiles por parte de las fuerzas gubernamentales. Aspectos, por otro lado, que ni la ONU ni la coalición liderada por Estados Unidos pueden garantizar.

En realidad, si lo que pretenden los opositores es ganar tiempo, es posible que, en última instancia, lo estén perdiendo. Porque todo hace indicar que Bashar al-Asad trata de fortalecer sus posiciones aprovechando la participación de Rusia en el conflicto. Y, de hecho, el avance sobre Aleppo es fundamental. Dividida en dos desde el 2012, la conquista de la región viene a ser determinante para volver a controlar parte del norte del país y la frontera con Turquía. Por eso resulta bastante espinoso pretender que el ejecutivo sirio renuncie a una presa tan preciada. No en vano la ciudad del jabón es la segunda urbe más importante. En la medida en que Damasco se haga con más territorio, bien a costa de la oposición, bien a costa del Estado Islámico, la figura de su presidente saldrá reforzada y esto, sin duda, habrá de repercutir en los arreglos futuros. En especial, el papel reservado para al-Asad en un escenario postbélico. En este sentido, no olvidemos que nada está escrito al respecto, pues en la mencionada resolución se habla de un periodo de transición y de unas posibles elecciones, si bien no se fija el rol que le pudiera corresponder. Esto es algo también sometido a discusión, aunque, desde mi punto de vista, el líder sirio debe formar parte de la solución del problema.

En este contexto, más que en términos de frustración, el parón de la conferencia podría verse como una nueva oportunidad para que De Mistura y su equipo pudiesen emplearse a fondo desde el punto de vista diplomático. Es decir, para llevar a cabo más labor de “cocina”. Especialmente con los representantes del Alto Comité de las Negociaciones, de quienes hay que exigir un compromiso decidido de acabar con el ISIS en la zona. Creo que éste es el primer punto que deberían acordar gobierno y opositores, ya que es el objetivo prioritario. Sólo una vez logrado éste, se podría pensar en un proyecto de cambio político en la que las distintas fuerzas se verían representadas en un nuevo parlamento. De ahí que un progreso indiscutible en esta dirección sería la firma de un fin de las hostilidades en las comarcas controladas por ambas partes, con vistas a centrarse en el enemigo común, el Daesh, extremos que se contemplan en la resolución de la ONU. En dicho acuerdo debería incluirse, evidentemente, al Partido de la Unión Democrática (PYD) kurdo, cuyas milicias están desempeñando una función clave en su lucha contra el EI, no obstante lo cual Turquía lo considera una banda terrorista por sus conexiones con el PKK. Así, inexplicablemente el PYD no ha

estado presente en la localidad suiza por las presiones de Ankara, que amenazó con boicotear la reunión caso de ser invitado. Da la impresión de que Erdogan y Davutoglu parecen más preocupados por la cuestión kurda que por la amenaza del terrorismo yihadista, a pesar de los graves atentados que Turquía ha sufrido en los últimos meses.

El trabajo de De Mistura es, por consiguiente, inmenso y sólo con éxitos en estas cuestiones podrá volverse a afrontar con garantías la nueva convocatoria de la conferencia de Ginebra. ¿Conseguirá convencer a Riad de que los rebeldes sirios deberían impulsar un plan de pacificación con Damasco y centrarse en combatir al EI? ¿Logrará obtener asimismo algún gesto por parte de Bashar al-Asad para propiciar dicho plan y detener la ofensiva en áreas civiles? ¿Será capaz de convencer al gabinete turco de la necesidad de la presencia kurda en estos diálogos? Son preguntas de muy difícil respuesta que se tendrán que ir resolviendo en los próximos días. De manera que sería deseable que las grandes potencias implicadas en esa cita trataran de ayudar al enviado especial en su cometido, siquiera por mero egoísmo, dada la crisis humanitaria que la huida de los refugiados supone tanto para los estados vecinos como europeos.

7 de febrero de 2016

Publicado en *El Diario Vasco*, 13 de febrero de 2016, p. 26